

## **Pregunto, por lo tanto existo?: *The interrogative mood: A Novel?*, de Padgett Powell**

Nancy Viejo (FFyL, UBA)

Y además no sólo hay la especificidad de la novela corta, también hay su manera específica de tratar una materia universal. Pues estamos hechos de líneas. Y no nos referimos únicamente a líneas de escritura; las líneas de escritura se conjugan con otras líneas, líneas de vida, líneas de suerte o de mala suerte, líneas que crean la variación de la propia línea de escritura, líneas que están entre las líneas escritas.

Gilles Deleuze y Felix Guattari, (2000:199).

En *The interrogative mood: A Novel?* (2009), título traducido al castellano como *El sentido interrogativo*, el autor norteamericano Padgett Powell se desentiende de los aspectos formales de la novela, al proponer una obra que consiste en secciones de preguntas que se suceden unas a otras en forma aleatoria, a la manera de un largo interrogatorio, sin trama, sin personajes, ni estructura de tiempo. Si bien alguna crítica la acerca a la tradición de *OuLiPo*, la obra no se plantea como respuesta ni como teoría de la novela, sino como un texto que por su sola presencia plantea una instancia de comunicación y conexión alternativa con el lector. Esta obra además, reviste de un especial interés ya que ha sido tomada como ejemplo del nuevo paradigma de producción estético-literario que algunos califican como “post-posmodernista”, y otros “tercera etapa del modernismo”. Aunque no existe un acuerdo unificado en su denominación, esta novela ha sido analizada desde las perspectivas del performatismo (Eshelman, 200/2001) y del metamodernismo (Vermeulen, y van den Akker, 2010). Si bien no es el tema de este trabajo, podemos decir que estas y

otras teorías comparten la idea de que el arte capaz de representar la sensibilidad contemporánea es fundamentalmente aquel que se aparta de la ironía postmoderna. Esta reflexión surge a fines de los 90, especialmente a partir del artículo “*E Unibus Pluram: Televisión y narrativa americana*”, donde el autor, David Foster Wallace (2001), anuncia el cambio de sensibilidad que caracterizaría a los escritores luego del posmodernismo. En términos generales, lo que permitiría considerar esta obra dentro de estos nuevos paradigmas tiene que ver con la construcción de un espacio intersubjetivo, caracterizado por una “sinceridad” y un “sinceramiento” capaz de trascender el objeto estético.

Si observamos el título del libro en inglés, encontramos el término “*mood*”, que en inglés refiere tanto a la modalidad interrogativa del enunciado, como a un “estado de ánimo”, podemos deducir entonces, una identificación entre el estado de ánimo que provoca la escritura y ese yo enunciativo. Por otra parte la pregunta “¿una novela?” –que lamentablemente la edición castellana ha eliminado de la tapa del libro– plantea un desafío al lector, quien ve socavadas las clásicas estrategias de lectura. Esta pregunta parece anunciar que detrás de este artefacto, existe un enunciador decidido a jugar y a poner en jaque al lector, lo que plantea abiertamente preguntándole:

“¿Te queda claro a qué me refiero? ¿Te queda claro por qué te hago todas estas preguntas? En general, ¿dirías que te ha quedado mayormente claro, muy poco claro, o más bien te encuentras en algún lugar intermedio: en el tenebroso mar de la conjeturas? ¿Debería haber dicho ‘tenebroso mar de las conjeturas mentales’? ¿Tendría que largarme? ¿Dejarte en paz? ¿Es bueno que incordie a los demás con mi [modo] interrogativo o mejor me lo quedo para mí?” (p. 13).

Efectivamente, en el horizonte del texto se instala una pregunta más a todas las formuladas: ¿cómo leo?, pero al mismo tiempo al lector se le revela la contraparte de esta instancia de comunicación, ya que el que pregunta se preocupa también por cómo es leído.

Estamos ante un enunciador que pregunta, interroga, cuestiona, recuerda, imagina, examina, indaga, opina, manteniendo al lector en alerta, en una demanda constante, obligándolo a responder, a establecer una comunicación, un diálogo directo con el desconocido interrogador. Mientras tanto las líneas se suceden, una a otra sin parar, siempre hay otra pregunta más esperando a ser descubierta, a sorprender, líneas de vida: recuerdos, hechos, deseos, fantasías, dolores, preocupaciones, banalidades, angustias, humoradas, nostalgia...

Al borde de lo que podríamos describir como prosa poética, la continuidad perseverante de las preguntas interpelan al lector, que se ve obligado a entablar un diálogo casi inevitable. El “yo” oscilante del que pregunta aparece y desaparece inadvertidamente, pero sus impresiones, sentimientos, opiniones y estados de ánimo impregnan la textualidad, al mismo tiempo que sale al cruce del lector al que constituye, en el mismo acto enunciativo.

“¿Estás aquí conmigo?” (p. 22).

“¿Cuál es la peor historia de la que has tenido noticia en toda tu vida? ¿Cuál es el acontecimiento más importante que ha pasado cerca de ti? ¿Cómo te llamas? ¿Qué intenciones tienes con respecto a mí?” (p. 31).

Los fragmentos se superponen a través de montajes azarosos, las líneas que se suceden parecen contener todos los posibles argumentos de la vida, ¿pero a quién pertenecen?: ¿a esta primera persona inclasificable, cuya presencia se fortalece en cada fragmento?, ¿o al lector, al que va dirigida cada una de las preguntas? Quizás de ningún otro texto pueda afirmarse como de este, que existe cada posible interpretación como lectores se acercan a él. O, mejor aún, que contiene todas las lecturas posibles. De hecho, el autor afirma en una entrevista que imagina una novela que contenga todas las respuestas de un lector.

Podríamos hasta imaginarnos infinitos recorridos: donde un lector se detiene, otro sigue de largo, donde aquél se sonríe, este suspira; casi por provocación surge la respuesta a series disímiles de preguntas, y el lector se ve inducido a narrar, a recordar, a imaginar desde su propia experiencia. Se ha tomado inclusive como una invitación a la escritura, a partir de *blogs* donde los lectores respondían a mucha de ellas. Es que la obra produce un modo de comunicación directa, casi palpable, no solo con la apelación directa al lector, sino también cuando aparece el “nosotros”, a lo que se suma el tono de íntima confesión. Con el transcurso de las preguntas el lector logra establecer una especie de imagen de este desconocido interrogador, pero también ha descubierto algo nuevo de sí mismo, mediante las respuestas a preguntas que él mismo jamás se hubiera formulado.

“¿Te apetece preguntarme algo? ¿Tienes curiosidad por saber qué voy a hacer con las respuestas que me has dado? ¿Crees que puedo confeccionar algún tipo de ‘perfil’ significativo sobre ti? ¿Crees que tú, o alguien, podría realizar un perfil de este tipo sobre mi persona a partir de las preguntas que te he hecho? [...]” (p. 71).

La potencialidad de esta forma de diálogo es llevada al extremo, a partir de lo cual se establece una comunicación de ida y vuelta. De esta manera la obra se asocia con las nuevas formas de sensibilidad que mencionábamos al principio.

La obra de arte como juego serio, diría Gadamer, aquel juego donde el jugador olvida que está jugando, el jugador liberado del esfuerzo de la existencia no diferencia entre el ser y el juego. (Gadamer, 1999) Pero el acto lúdico del arte pone en juego siempre nuestra relación con el mundo, haciéndolo estallar. Y si bien no es fácil salir indemne de este continuo preguntar que exaspera hasta el hostigamiento, tampoco puede abandonarse, una vez que las primeras preguntas han entablado una relación humana de reciprocidad. Es que

no prevalece aquí el desafío metanarrativo, sino que más bien se trata de una invitación, un encuentro con ese otro a través de formas de sentimiento compartido.

De alguna manera esto también permite vislumbrar otra pregunta en el horizonte de esta obra: ¿cuáles son los alcances de la ficción? Pero la reflexión teórica no prevalece ante la pura inmanencia de esta modalidad/estado de ánimo, cuya tácita seguridad es que nada puede ser aseverado, lo que al mismo tiempo genera la certidumbre de que no existe nada en este texto de lo que pueda afirmarse que sea verdad o mentira.

Los lectores de la traducción al castellano, tienen el plus de un matiz de significado un tanto equívoco, instalado ya en el título: la cuestión del “sentido” (*El sentido interrogativo* es el título traducido), un aspecto que no está en el título original. Tampoco se plantea la necesidad de responder aquellos cuestionamientos llamados “profundos” o trascendentes.

“¿Te agradan los cambios cromáticos de las hojas en otoño o par ti se trata simplemente de un espectáculo vulgar y una pizca sensiblero? [...] ¿Te gusta que el teléfono suene un número concreto de veces antes de atenderlo? [...] Si pudieras adquirir el dominio instantáneo de una lengua, ¿cuál elegirías? ¿Sabes cambiar tú solo la rueda del coche?” (p. 57).

“¿Te gustan los perros? ¿Sabes cantar? ¿Eres listo? ¿Qué es lo que más te disgusta de la vida?” (p.93).

Si bien es evidente por otra parte, que no existe una respuesta definitiva o correcta a ninguna de estas preguntas, y que aparecen muchas que tampoco son verdaderas preguntas, (como el caso de las opiniones presentadas bajo la modalidad interrogativa y las preguntas retóricas), también es cierto que todas parecen aludir a aquellas pequeñas y grandes cosas que –según se prefiera– completan el “sentido”, o bien llenan el vacío, o simplemente distraen cada segundo de cada una de nuestras vidas de la conciencia de nuestra propia muerte.

En toda novela corta, según la reflexión deleuziana, “en última instancia, nada ha pasado”, son tan solo líneas de escritura que se conjugan con otras líneas, líneas de vida (Deleuze, Guattari, 2000:198-199), en este sentido, observamos que el texto de Powell materializa con el solo acto enunciativo, el devenir de nuestra propia existencia.

“¿Crees de verdad que un hombre pudo aventurarse a decir *cogito ergo sum* sin partirse de risa?” (p. 57).

Quizá la antigua pregunta por el ser, implique también la respuesta o, lo que este texto parece decir: sé que soy porque pregunto. Si el preguntar es lo que me distingue como humano, mientras pregunto, sé que existo. Tal vez la experiencia de mi existencia no se encuentre más allá de lo que *El modo interrogativo* propone: líneas de escritura que se conjugan con otras líneas, líneas de vida. “¿Te vas ahora? ¿Sí? ¿Te importaría?” (p. 155).

### **Bibliografía**

- Deleuze, Gilles y Felix Guattari, “Tres novelas cortas o ‘¿qué ha pasado?’ ”, *Mil Mesetas*, Valencia, Pre-Textos, 2000, pp. 197-211.
- Eshelman, Raoul, “Performatism, or the End of Postmodernism”, *Anthropoetics* 6, N° 2, Fall 2000 / Winter, 2001, <http://www.anthropoetics.ucla.edu/ap0602/perform.htm>.
- Foster Wallace, David, “*E Unibus Pluram: Televisión y narrativa americana*”, *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer*, Barcelona, Mondadori, 2001, pp.
- Gadamer, Hans George, *Verdad Y Metodo Vol I*, Salamanca, Sígueme, 1999, pp. 143-166.
- Leitch, Vincent, *Literary Criticism in the 21<sup>st</sup> Century Theory Renaissance*. London-New York: Bloomsbury, 2014.
- Powell, Padgett, *El sentido interrogativo*, Barcelona, Alpha Decay, 2012.
- Vermeulen, Timotheus y Robin van den Akker, “Notes on metamodernism”, *Journal of Aesthetics & Culture*, Vol. 2, 2010, <http://www.aestheticsandculture.net/index.php/jac/article/view/5677/6304>.